



PERROS

EN EL ARTE



PERROS EN EL ARTE

Angus Hyland y Kendra Wilson

SOLO EL AMOR HA CONSEGUIDO
QUE EL PERRO PIERDA SU LIBERTAD SALVAJE
PARA CONVERTIRSE EN SIERVO DEL HOMBRE

D. H. Lawrence

Es evidente que quienes confieren cualidades humanas a los animales encuentran en el perro al cómplice mejor dispuesto: los vestimos con jerséis, difuminamos sus cualidades lupinas sobre un fondo de papel pintado estampado, cambiamos el color de su pelaje... Así es como retratamos a nuestros mejores amigos.

Este imperecedero amor de los perros por los humanos se ve recompensado en estas páginas. La dependencia, claro está, es mutua: necesitamos a los perros porque nos ayudan a abrir vías por las que fluye la emoción. En el arte, así como en la vida, proyectamos nuestras ambiciones, nuestros triunfos y nuestras inquietudes en los perros, y estos siempre vuelven a por más. No obstante, la llamada de la naturaleza siempre permanece latente.

Aunque es poco probable que el cruce de un labrador con un caniche aparezca en una pintura rupestre, las razas contemporáneas no se diferencian demasiado de los antiguos prototipos caninos. Las formas más recurrentes son las del corpulento mastín, la del spitz —con su rabo curvado— y la del perro más aerodinámico de todos: el galgo. Este ha perdurado en el tiempo como compañero de cacería y modelo de artistas, y la suya es, probablemente, la forma canina por antonomasia.

En todas sus variantes —lebrél escocés, galgo ruso, perro real egipcio—, el galgo aporta elegancia a escenas cargadas de símbolos que transmiten estatus social y riqueza. Incluso los whippets de Lucien Freud, entrelazados con la carne humana, aportan calidad a sus pinturas. Los perros salchicha, por su parte, gozan de aceptación entre quienes son dados a los efectos dramáticos; compañeros de Pablo Picasso y Andy Warhol, acabaron irremediablemente plasmados sobre el lienzo y el papel.

Este libro explora la alternativa del perro frente a su existencia salvaje: la vida con los humanos. Nuestra contribución a esta relación es bastante sencilla y consiste básicamente en proveerles de alimento y compañía; más allá de estas necesidades, la vida de un perro no tiene mayor complicación. Como dijo el escritor estadounidense James Thurber, “los perros están obsesionados con ser felices”.

Angus Hyland y Kendra Wilson



MISSE



www.ggifi.com - www.ggifi.com.mx

TVRLU

CHARLES WELLINGTON FURSE

Diana del altiplano

1903 – 1904

Estos perros que tiran con fuerza de la correa fueron alquilados para la ocasión; su pelaje pío surgió de la imaginación de Furse, ya que sus colores originales —blanco uno y negro el otro— no le parecieron los más adecuados para el cuadro. “Charles hizo una mezcla entre ambos”, rememoraba su esposa, Katherine, que posó para el cuadro como una moderna Diana cazadora. La suegra de Furse fue reclutada para accionar el fuelle colocado bajo la falda de Katherine.

A pesar de la influencia de John Singer Sargent y James M. Whistler en la obra de Furse, la enorme popularidad de este cuadro, adquirido por la Tate Gallery en 1906, atestigua la deuda del pintor con el resurgido interés de la época por Thomas Gainsborough. Aunque en la actualidad no está expuesto al público, en su momento este cuadro formó parte de la lista de pinturas, elaborada por el Consejo de Educación británico, que todo niño debía conocer. Charles Wellington Furse, quien padeció de mala salud durante años, falleció de tuberculosis el mismo año en que acabó esta obra.





EN LA FÚTIL PERSECUCIÓN DE
UNA LIEBRE ELÉCTRICA, SOLO UN

GALGO

PODRÍA PARECER

grácil





Izquierda: Sally Muir, Toki, 2008
Arriba: Sarah Maycock, Whippet, 2013

FRANCISCO DE GOYA

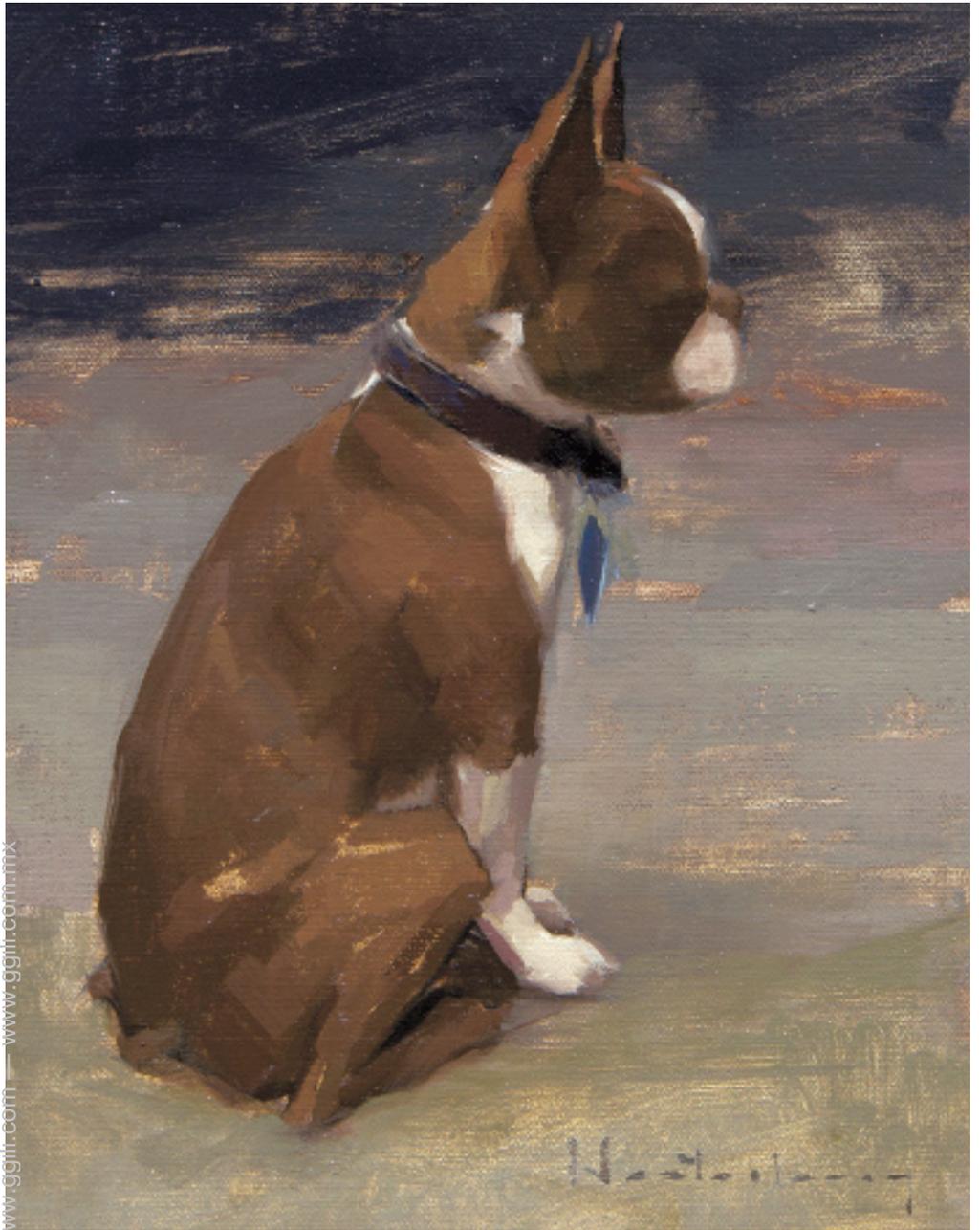
Perro semihundido

1820

Fuera de contexto, este *Perro semihundido* de Goya es un cuadro moderno, con su enorme franja de cielo que se cierne sobre un terreno oscuro e indefinido. Entre ambos asoma el único detalle del cuadro: un perro solitario. No sabemos cómo o por qué se ha perdido, aunque el título de la obra sugiere que está medio hundido o a punto de estarlo.

Las *Pinturas negras* de Goya, entre las que se incluye este infortunado perro, fueron realizadas directamente sobre las paredes de la Quinta del Sordo, la casa en la que residía el artista cerca de Madrid. Es posible que estas obras fueran secretas; en cualquier caso, no se concibieron para mostrarse al público, aunque fueron trasladadas al Museo del Prado, donde están expuestas en la actualidad. Brujas, diablos y criaturas de elaborada cornamenta forman el contexto de este *Perro semihundido* de Goya, que es el elemento más cercano a la naturaleza de todo el conjunto: un recordatorio de la vida normal, de la que solo asoma ya la cabeza.





www.ggiii.com — www.ggiii.com.mtx

Aaron Allen Westerberg, *Lucy*, 2012



Cedric Morris, *Belle de Bloomsbury*, 1948